

¿ESTAMOS «CIVILIZADOS»?



Norbert Elias: «Tenemos que descubrir las funciones de los tabúes para mejor dominarlos».

de «civilizada» y en la que, sin embargo, reinan el hambre, la explotación, la tiranía? Norbert Elias se ha especializado en el estudio de estas cuestiones, que sociólogos e investigadores han descuidado por considerarlas indignas del trabajo científico. Norbert Elias, setenta y siete años, autor de varios libros, es actualmente profesor de Sociología en Leicester y La Haya. En un momento en que ciertas valoraciones de la violencia, el progreso de la libertad sexual y las múltiples formas que adopta la revuelta contra el «establishment» parecen sugerir que hemos entrado en un proceso de contracivilización, el profesor Elias nos ofrece su diagnóstico.

¿QUE diferencia existe entre el hombre que mata a su vecino de mesa con el cuchillo y el que se prohíbe a sí mismo utilizar ese instrumento para cortar la lechuga, por ejemplo? ¿No es a esta cuestión, tal vez fundamental, a la que usted trata de contestar en su libro: «Über den Prozess der Zivilisation» («Sobre el proceso de civilización»)?

NORBERT ELIAS.—Es simplificar demasiado, pero es verdad que esos dos modos de servirse del cuchillo en la mesa representan dos momentos de una evolución que ha supuesto cambios importantes para las sociedades y los hombres occidentales. Estos hombres, estas sociedades se han «civilizado», proceso que ha durado más de quinientos años y durante el cual las restricciones que se han autoimpuesto han sido múltiples y multiformes.

—Pero, ¿quién era ese hombre que apuñalaba tan fácilmente a su vecino de mesa, ese hombre de antes de la «civilización»?

N. E.—No me obligue a decir que matar al vecino de mesa era una práctica corriente ni que la civilización nació de pronto por generación espontánea. Los hombres de cualquier sociedad siempre han observado entre ellos determinadas reglas. Pero el examen de los hechos nos descubre que a partir de finales de la Edad Media, en nuestras sociedades occidentales, la utilización del cuchillo, en la mesa, fue objeto de nueva reglamentación que, partiendo de la aristocracia de corte, se extendió con el tiempo a todos los medios sociales más tarde. Guerreros violentos, señores feudales acostumbrados a combatir sin tregua, llevados a extremos increíbles tanto en el placer como en el odio, lo suficientemente fuertes para ceder habitualmente

¿Por qué ya no nos sonamos los mocos con los dedos o escupimos al plato las migajas que no nos gustan? ¿Por qué nos da hoy vergüenza orinar, pasearnos desnudos, hacer el amor delante de nuestros semejantes, cuando estas prácticas eran consideradas normales e incluso placenteras no hace tanto tiempo? Las restricciones que exigen los «buenos modales», ¿nos han hecho mejores o peores? ¿Son acaso el lujo anacrónico de una sociedad que se preten-

a sus propios impulsos, se imponen a sí mismos determinadas restricciones a la hora de comer. Se convierten en cortesanos domesticados. Van así a convivir con todas las estructuras sociales y mentales de los pueblos europeos.

—¿Qué restricciones y cómo se ha podido establecer?

N. E.—Existen textos de la Edad Media, y en especial tratados de urbanidad, pero que no se habían estudiado seriamente. En los más antiguos descubrimos un único precepto: «No te limpies los dientes con el cuchillo». La utilización del cuchillo en la mesa entrañaba pocas restricciones, pero esta primera prohibición indica la dirección que va a seguir la evolución futura.

«Textos posteriores, por ejemplo, el «Book of Courtesy», que data de finales de la Edad Media, dicen: «No dirijas el cuchillo hacia tu propio rostro: es peligroso y atemoriza».

«El cuchillo, durante mucho tiempo arma y único instrumento utilizado en la mesa, se convierte en símbolo de peligro y de muerte. El cuchillo provoca un sentimiento de malestar que conducirá a la restricción primero y a la supresión de su empleo en sociedad más tarde. En un tratado de «civilización» de Calviac, que data de mil quinientos sesenta, podemos leer la regla, que continúa en vigor, según la cual hay que tender un cuchillo por el mango y no con la punta señalando hacia la otra persona. La única explicación que se nos da es la de que «sería deshonesto hacerlo».

«Pero se reconocen inmediatamente las entretelas emocionales de semejante regla: dirigir la punta de un cuchillo hacia alguien constituye un gesto agresivo. La sociedad, que por aquel entonces comienza a preocuparse de la se-

guridad de los individuos, se dedica a arropar los símbolos, los gestos y los instrumentos amenazadores con todo tipo de tabúes. Es interesante comparar esta evolución con la que ha prevalecido en China, país en el que desde hace siglos no se utiliza el cuchillo en la mesa. Es decir, que para los chinos, nuestros modales en la mesa siguen siendo los de alguien «no civilizado». Somos bárbaros que seguimos sirviéndonos de «espadas» a la hora de comer. La desaparición del cuchillo como instrumento de mesa en China puede relacionarse con el hecho de que en aquel momento la clase dirigente no estaba compuesta por guerreros, sino por mandarines, funcionarios cultivados y «pacificados» de la Administración imperial.



«Vivimos en sociedades relativamente



«En la Edad Media, la desnudez no provocaba reacciones de pudor. Cuando una familia acudía a la casa de baños, lo hacía completamente desnuda».



pacíficas, pero a las que atormenta la contradicción de tener que estar en todo momento dispuestas a hacer frente a los posibles conflictos entre naciones».

—¿Y qué ha ocurrido con el tenedor?

N. E.—El tenedor hizo su aparición como un instrumento exótico. Hicieron falta quinientos años, desde el siglo once al dieciséis, para que los poderosos y los ricos comenzaran a sentir la necesidad de servirse del tenedor en la mesa. Se conserva una crónica que data del siglo once en la que se cuenta cómo escandalizó en Venecia el nuevo instrumento. Entonces se vio con estupor cómo una princesa bizantina se llevaba a la boca la comida «con pequeñas horcas de oro de dos dientes». Tal novedad pareció un pecado. Los sacerdotes atraieron las iras del cielo sobre la princesa, que fue atacada por una repugnante enfermedad. San Buenaventura declaró que aquello era un castigo divino.

«A fines de la Edad Media aparece en Francia, procedente de Italia; después su uso se extiende por Inglaterra y Alemania. Al principio eran objeto de burla aquellos cortesanos que se servían del tenedor. No tenían habilidad y la mitad de la comida se les caía del tenedor «entre el plato y la boca». En efecto, el tenedor servía en un principio para picar los alimentos dispuestos en un plato común. En el siglo diecisiete, el tenedor era un objeto de lujo, de oro o plata, utilizado únicamente por la nobleza de corte y unos cuantos imitadores ricos de la burguesía.

—¿Por qué se empezó a utilizar este instrumento tan incómodo y tan mal visto?

N. E.—Los tratados de urbanidad del siglo diecinueve intentaron dar una respuesta. Porque «es de canibales» comer con los dedos o porque es «poco higiénico». Pero estas razones no son sino justificaciones tardías. La explicación auténtica reside en un

lentísimo y profundísimo cambio en el subconsciente de los hombres de una sociedad. Esos hombres han comenzado a construir un muro afectivo entre su propio cuerpo y el de los demás. El tenedor ha sido uno de los medios utilizados para distanciarse del cuerpo: el del prójimo y el propio. El cuerpo se ha convertido en algo rechazable, algo de lo que uno se avergüenza, por lo que se trata de aislarlo, de ignorarlo. Se trata de un cambio considerable. Durante siglos, ese muro no existió.

—¿Cómo estaban las cosas antes de que se levantase ese «muro»?

N. E.—Voy a dar un ejemplo extremo y sorprendente. En un tratado de buenos modales de mil quinientos cincuenta y ocho, el «Galateo», se incluye todo un capítulo que trata del modo de satisfacer las necesidades naturales. Del «Galateo» extraigo el pasaje siguiente: «Cuando nos encontramos por el camino algo de mal gusto, no es decoroso dirigirse hacia nuestros acompañantes y mostrarles la tal basura. Menos lo es aún, como suelen hacer algunas personas, acercarse el repugnante producto a la propia nariz al tiempo que se dice a los demás: 'Oled un poco, por favor, ya veréis cómo apesta'. Antes bien, deberían decir: 'No lo olfateéis, porque apesta'».

«Si el «Galateo», que se dirige a la aristocracia, se preocupa de subrayar esa práctica para condenarla es porque tal práctica existe. Sin duda se trataba de un gesto alegre y amistoso. ¿Qué nos enseña? Que ni el cuerpo ni las funciones naturales eran consideradas todavía como «repelentes».

«Hoy, un gesto semejante se consideraría patológico. Antes del Renacimiento se practicaba con una ingenuidad que hoy nos cues-

ta trabajo imaginar. Hombres que satisfacían públicamente sus necesidades con naturalidad e incluso con placer, que hacían el amor en la habitación común donde vivían con su familia, a veces incluso en el lecho mismo que compartían con uno o varios de sus hijos, hombres que comían del mismo plato y que se valían de los dedos como únicos instrumentos de mesa, que sorbían la sopa de la misma cazuela y que cuando no les gustaba algún trozo de carne lo escupían otra vez al plato común, esos hombres mantenían entre ellos relaciones distintas de las nuestras.

—¿Se toleraban mejor unos a otros?

N. E.—Se toleraban de otro modo. Existe al respecto un texto muy preciso de Erasmo, el humanista del Renacimiento. En sus «Diversoria», que datan de mil quinientos veintitrés, Erasmo describe una sala de albergue en Alemania. En la sala se amontonan noventa personas aproximadamente. Pobres, pero también nobles y ricos, hombres, mujeres y niños. Uno lava su ropa; otro, sus manos en un agua tan sucia que no sirve de nada. La gente escupe a diestro y siniestro. Alguien se limpia los zapatos sobre la mesa.

«Es la hora de la comida. Cada uno moja su trozo de pan en la sopera común, da un mordisco y lo vuelve a empapar. En la habitación reina un calor excesivo: todo el mundo suda. Hay muchos enfermos. Muchos, le explica a Erasmo un interlocutor, sufren del mal francés y son más peligrosos que los leprosos. «Es verdad —dice alguien—, pero estas gentes valerosas se burlan». Así, lo que hoy por hoy sería intolerable, era posible entonces gracias a aquella falta de distancia entre los cuerpos. El cuerpo del

prójimo no molesta. No se siente la necesidad de mantenerse lejos de los otros. Una de las manifestaciones del proceso de civilización será precisamente la creación de esas distancia multiplicando restricciones y prohibiciones. Estas, al exteriorizarse poco a poco, se han vuelto inconscientes y automáticas. Han constituido lo que Freud llama el «super-ego».

—¿Pero cómo y por qué a partir de determinado momento empezó a considerarse inaceptable la práctica de escupir en el plato o de limpiarse los mocos con el mantel? ¿Cómo y por qué llegaron a imponerse esas distancias entre los cuerpos?

N. E.—Se puede responder sobre todo a la pregunta de cómo se produjo el cambio. Digamos, para simplificar, que la instauración de un poder real fuerte entrañó la desaparición de una caballería anárquica y violenta que encarnaba la antigua forma de vivir. En torno al rey se constituyó una aristocracia de corte muy distinta de la nobleza guerrera y la estructura misma del poder real exigía la domesticación; de ahí la necesidad de un cambio profundo en la esfera de los modales. Este cambio, que se produce en primer lugar en la corte, se propaga seguidamente por todas las clases de la sociedad. Toda Europa evoluciona según este modelo, y se puede decir que hoy seguimos siendo en cierto modo productos de esa civilización de corte. A pesar de diversas revoluciones...

—¿Usted no cree que hoy nos rebelamos de un modo más radical contra la «civilización»? ¿Qué piensa usted, por ejemplo, de ese retorno a la desnudez al que estamos asistiendo?

N. E.—Estoy convencido de que las bañistas desnudas de las pla-

Taller Ediciones JB

COLECCION TALLER UNO

NOVEDAD SERIE: «ARQUITECTURA»

CINCO CUESTIONES DE ARQUITECTURA

DE ANTONIO FERNANDEZ ALBA

- Ejercicios de expresión y compromiso: A. Aalto, F. Ll. Wright, A. Gaudí, W. Gropius y Le Corbusier.
- Saltando las correctas normas de los epígonos.
- Ruptura con la arquitectura burguesa.
- El vacío enajenado.
- Arrebatando la alegría a los días futuros.

360 páginas
5 grabados
150 pesetas

EN TODAS LAS LIBRERIAS

Taller Ediciones JB
ambrós, 8 madrid-28
teléfono 255 1266

¿ESTAMOS «CIVILIZADOS»?

yas del Sur de Francia son un espectáculo agradable. Su actitud plantea seguramente problemas al sociólogo. Es evidentemente un signo del crecimiento del poder femenino una mujer que puede exhibir libremente sus piernas y sus pechos deja de ser propiedad de su padre y de su marido. Es un paso adelante. Pero, ¿se trata de una liberación real? Digamos que el debate sigue abierto.

«Tenemos también esa nueva práctica, el *streaking* —alguien se desnuda en plena calle y se echa a correr—; pues bien, lo que me sorprende no es tanto el desnudamiento cuanto la carrera. Es una pequeña rebelión, si usted quiere, pero que revela, sobre todo, la fuerza de los tabúes que siguen pesando sobre nosotros y que no han dejado de aumentar desde la Edad Media. Cuando en la Edad Media una familia acudía a la casa de baños, era natural que lo hiciera desnuda. En un documento se cuenta cómo en las pequeñas ciudades alemanas las familias se desnudaban en sus casas para después dirigirse completamente desnudos, con la única excepción del padre, que a veces llevaba puesto su calzón, por las estrechas callejas camino del establecimiento de baños.

«La desnudez no provocaba reacciones de pudor. Por la noche todos dormían desnudos, y si alguien no se despojaba de la camisa, inmediatamente se sospechaba de él que sufría de alguna tara física. En «Le Roman de la violette», la sirvienta se sorprende de ver a su ama acostarse con el camisón. El ama le explica que tiene una marca en el cuerpo. En los establecimientos de baños, no sólo era la regla la desnudez integral, sino que no había separación entre hombres y mujeres. En una miniatura de Breslau vemos bañeras instaladas de dos en dos: bajo en cada par de bañeras, un hombre y una mujer desnudos. Entre ellos, una plancha sobre la cual se han dispuesto frutos y bebidas. Una perfecta ingenuidad, pues, frente a la desnudez.

—¿Qué papel desempeña el camisón en esa evolución que va de la ingenuidad al pudor incluso a la vergüenza?

N. E.—El mismo papel que el tenedor o el pañuelo. Apareció además por la misma época. Es un «instrumento de civilización», un símbolo de la transformación que se estaba operando en el hombre: entre él y su propio cuerpo se elevaba un «muro emocional».

—¿Y el pijama?

N. E.—Su adopción provocó reacciones que hoy nos parecen sorprendentes. Escandalizó, chocó al buen gusto, el pudor. Se vio en ello un signo de relaja-

miento de las costumbres, etcétera. En mil novecientos treinta y seis, el pijama seguía siendo objeto de polémicas. «Los hombres fuertes —escribía entonces "The People"— llevan camisones y menosprecian a los hombres que llevan prendas tan femeninas como el pijama. Teodoro Roosevelt usaba camisón, lo mismo que Washington, Lincoln, Napoleón, Nerón...».

—¿Qué significa entonces la adopción del pijama?

N. E.—No creo, sinceramente, que su adopción pueda considerarse como síntoma de una crisis de civilización. Como tampoco lo creo de ese retorno a la desnudez hoy. El pijama no violó ninguna norma establecida de pudor. Es una prenda mejor adoptada a la vida social, más móvil y más abierta. Con el deporte, el turismo, el camping, el sueño es menos íntimo, menos oculto que en el siglo pasado.

—Otra pregunta sobre la desnudez y el pudor. ¿Cómo explica usted que en los países en que se ha producido la revolución, como China o la Unión Soviética, el pudor e incluso el puritanismo estén tan exacerbados? ¿No debería ocurrir todo lo contrario?

N. E.—Creo que son esos fenómenos ligados a un proceso al que los sociólogos no han prestado hasta ahora suficiente atención: el de la formación del Estado. En la China de hoy este proceso está en curso, que entraña consecuencias muy severas para la vida de cada ciudadano. El problema está en constituir el Estado y preservar la unidad nacional. El establecimiento de un código único de comportamiento y disciplina general se convierte en una necesidad. El puritanismo sexual forma parte de este código.

—¿Ocurre lo mismo con la Unión Soviética?

N. E.—Más o menos, y también cabe decir lo mismo de la India. En todos los países en vías de formación se llevan a cabo ensayos de consolidación y unificación de los códigos de comportamiento. El comunismo es, en el fondo, una ideología de nación en vías de formación.

—¿Y la violencia? ¿Cómo evoluciona en este proceso de civilización?

N. E.—En quinientos años hemos pasado de una situación de increíble violencia, que sólo difícilmente podemos imaginar, a una mejor violencia y al autocontrol de la agresividad. En la sociedad medieval, a la violencia estaba inscrita en la estructura misma de la sociedad. La clase dirigente era la de los guerreros. La existencia se reducía a la rapia, al combate, a la caza del hombre y del animal. Los documentos sugieren inimaginables desencade-

namientos afectivos en los que cada cual, siempre que puede —y con muy pocas excepciones— se abandona a los goces extremos de la ferocidad, del asesinato, de la tortura, la destrucción y el sadismo.

«Uno de esos caballeros, se nos cuenta en un texto, «pasa su vida saqueando y destruyendo iglesias, atacando a los peregrinos, explotando a las viudas y los huérfanos. Mutilar a los inocentes le produce un placer particular. Sólo en el monasterio de Sarlat se encuentran ciento cincuenta hombres y mujeres a los que se les ha cortado la manos o saltado los ojos. Su esposa es tan cruel como él. Experimenta un vivo placer en atormentar a las pobres mujeres allí recluidas. Hace que les arranquen los pechos y las uñas para que no puedan seguir trabajando».

—Sin embargo, los «guerreros» no eran el grupo más numeroso.

N. E.—Pero todos los grupos sociales eran presa de la violencia. No puede decirse que en las ciudades las cosas ocurrieran de otro modo. Se conserva una crónica sobre un tal Mathieu d'Escouchy, de Péronne. La primera impresión es que se trata de un honesto hombre de letras, un tipo tranquilo. Después, uno se entera de que el tal sujeto y los suyos están constantemente comprometidos en terribles disputas que se solucionan a puñaladas o por mediación de un asesino a sueldo. Ingresa seis veces en prisión. Se pelea con un monje, que le hierne. Esta vida tumultuosa no le impide, sin embargo, llegar a magistrado y a procurador del rey.

«Mathieu d'Escouchy va al ejército y vuelve lisiado. Falsifica un documento y es trasladado a París «como ladrón y asesino». Se pelea con un magistrado de Compiègne. Entonces es torturado, condenado rehabilitado, condenado de nuevo... Es sólo un ejemplo entre otros muchos. Los hombres de aquellos tiempos se daban al asesinato por cualquier motivo. La religión, la creencia no servían para atemperar la violencia, sino que contribuían incluso a fomentarla. Para llegar a controlar nuestra agresividad, como hacemos hoy en conjunto, ha sido preciso un trabajo civilizatorio considerable.

—Pero, ¿acaso no volvemos a la violencia? ¿No representa también ésta una crítica de nuestra civilización?

N. E.—No creo que sea gran cosa esta violencia actual, salvo para quienes la sufren, ¡claro está! En ese sentido somos niños de coro en comparación con los que nos precedieron. Me refiero, naturalmente, a la violencia entre particulares, dentro de las sociedades, y no de la violencia entre



La utilización del cuchillo en la mesa fue objeto, a fines de la Edad Media, de nueva reglamentación que, partiendo de la aristocracia de Corte, se extendió con el tiempo a todos los medios sociales. El tenedor, a su vez, comenzó siendo un instrumento exótico.

Estados, que ha cambiado de dimensión desde que la ciencia y la técnica y la movilización de las masas le proporcionaron medios gigantescos. No podemos imaginarnos ya qué es una sociedad violenta. Una sociedad fundada en la esclavitud, por ejemplo.

«La Roma antigua, donde apenas existían restricciones a la violencia ejercida contra centenares de millares de seres si no es el temor de perder un elemento del capital. Imagínese qué abismos de sadismo... En la Africa negra ha habido sociedades guerreras que disponían de una auténtica superabundancia de esclavos. De vez en cuando, esos esclavos eran sometidos a una matanza general. Eran sacrificios rituales, pero también un medio de suprimir bocas inútiles. Esos días, las calles eran recorridas por regueros de sangre. Esas son sociedades violentas. Vivimos en sociedades relativamente pacíficas, pero a las que atormenta la contradicción de tener que estar en todo momento dispuestas para hacer frente a posibles conflictos internacionales, es decir, a la violencia. Pero en el interior, la violencia está controlada. Naturalmente, si la sociedad saltase en pedazos, los tabúes también saltarían, y la violencia reaparecería en todos los sectores.

—¿Hipótesis absurda?

N. E.—No se puede excluir la posibilidad de una completa des-

integración de la sociedad humana. ¿Qué es lo que ocurriría en caso de guerra nuclear? Por lo demás no comparto el pesimismo que está hoy de moda. Nuestras sociedades me parecen extraordinariamente elásticas y capaces de enfrentarse a los problemas actuales.

—Justamente, ¿no es uno de nuestros problemas el que nos asfixiamos con tantas restricciones y, sobre todo, con las de nuestro inconsciente formado por la civilización? Si la civilización consiste en la acumulación de restricciones, cada vez más estrictas, ¿podremos soportarla sin rebelarnos?

N. E.—La civilización no es eso. Es más bien la puesta a punto de una red de restricciones limitadas que tienen a la atenuación de los excesos, en el placer, la violencia, la desigualdad, etcétera. Las críticas actuales contra la civilización no me parecen en absoluto una revuelta, sino, por el contrario, una nueva etapa de este proceso moderador. Ciertas restricciones habían llegado a ser exageradas.

—¿Cuáles?

N. E.—En el campo sexual, por ejemplo, donde se han multiplicado los tabúes desde el Renacimiento hasta fines del siglo diecinueve. Sin duda tienen por función atemperar determinados excesos. Pero, ¿en qué medida? No lo sabemos. Eso es lo sorprendente. Nos sometemos a tabúes sin saber para qué sirven. Y a veces

vamos demasiado lejos. Un ejemplo: la extraordinaria hipertrofia del tabú de la masturbación. Está presente en los manuales de educación del siglo dieciocho, se desarrolla en las obras médicas en forma de una teoría del onanismo.

«En el siglo diecinueve, la masturbación se considera como un pecado horrible, una amenaza inaudita para la salud e integridad mental del adolescente. Hoy se han vuelto a colocar las cosas en su sitio. Al rechazar un tabú, la sociedad rechaza un exceso y se conforma a ese proceso civilizador que tiende a la moderación. Otro ejemplo: la abstinencia prolongada impuesta a las muchachas antes del matrimonio era también uno de esos tabúes excesivos y bárbaros que el movimiento civilizador está corrigiendo actualmente. Pero al mismo tiempo, el aumento del poder de las mujeres impone restricciones a los hombres; está en vías de crearse un tipo de relaciones nuevas entre los sexos.

—¿No se trata simplemente de un retorno a una situación más natural?

N. E.—No creo que haya una oposición entre civilización y naturaleza. Es una de esas pseudoalternativas que el examen de los hechos nos permite superar. No es tampoco la única. La mayor parte de esas oposiciones conceptuales que siguen movilizándolo el espíritu y la pasión de las gentes me parecen clisés sin

relación con la realidad. Me refiero a esas viejas disputas de escuela: materialismo-idealismo, racionalismo-irracionalismo e incluso comunismo-capitalismo. Los comunistas no son comunistas y los capitalistas no son capitalistas. Para volver a la oposición entre civilización y Naturaleza, digamos brevemente que si la Naturaleza en el hombre hubiese estado opuesta de forma tan radical a la civilización, el proceso civilizador jamás habría tenido lugar.

—¿Hasta dónde llega, según usted, esa liberación de las costumbres que usted juzga civilizadora? ¿Y hasta qué punto puede el individuo liberarse de las restricciones que sobre él pesan en el seno de una sociedad?

N. E.—¿Quién se atreve a contestar esa pregunta? Todo lo que cabe decir es que ciertas restricciones han llegado a integrarse de tal modo en nuestra personalidad que es difícil saber si tienen o no una función y cuál. Si usted, por ejemplo, metiese los dedos en la sopera no creo que los otros comensales se sintiesen muy a gusto. Pero, ¿qué razón hay para no hacerlo? Es lo que todo el mundo hacía en una época en que no se sentía aún la necesidad de servirse de un tenedor.

—Pero esos famosos «buenos modales» que todo padre de familia trata de imponerles a sus hijos, ¿no pertenecen precisamente a ese tipo de restricciones cuya función se puede discutir? Por otro lado, se los critica al tiempo que se trata de inculcarlos en el individuo. Incluso dentro de la burguesía es de buen tono mofarse un poco de esas reglas de urbanidad...

N. E.—Se trata de una desventura más verbal que real. Seguimos aceptando y practicando los «buenos modales» porque responden a nuestra sensibilidad. Continuamos bajos los efectos de esa «educación cortesana» que primero se constituyó en los medios aristócratas para propagarse en una segunda etapa por la sociedad burguesa y extenderse luego a todas las clases sociales. Pero criticamos, al mismo tiempo, esos buenos modales como símbolo de una clase «superior» que durante mucho tiempo se impuso «distinguiéndose» y a la que hoy se pone en tela de juicio. Entre la distribución del poder en la sociedad y el proceso civilizador existe una relación muy importante, que me he limitado a indicar en mi último libro y que analizo más a fondo en otro que está a punto de publicarse: «La sociedad cortesana».

—Pero, ¿por qué los propios grupos dirigentes fingen a veces poner en tela de juicio ese código de distinción?

N. E.—Porque se cuestionan a ▶

A PROPOSITO DE ALTA FIDELIDAD:



¿CONOCE VD. EL BENJAMIN de ROSELSON?

*Será innecesario pues,
decirle que se trata del más completo Equipo de Alta Fidelidad.*

... que sus elementos están totalmente equilibrados.

... que el conjunto dá una calidad musical fuera de lo común.

*... que incorpora de origen y dentro de su ajustado precio,
unos auriculares HI-FI.*

*... que aparte del documentado manual técnico
se entrega también un disco-guía de pruebas, que le orienta
de viva voz, para que Vd. sea el experto en HI-FI
que verifique su propio equipo.*

No obstante no se precipite, una compra así debe meditarse.

Solicite una demostración en el establecimiento de su confianza.

**VISTO Y OIDO,
ANTE SU PRECIO, NO SE LO VENDEREMOS...**

VD., LO COMPRARA

LO QUE NOS HONRA Acústica & Electrónica ROSELSON



**UN EQUIPO SEÑOR
Y TODO DE UNA VEZ.**

¿ESTAMOS «CIVILIZADOS»?

si mismos en la medida en que cambia la estructura del poder en la sociedad. Todos los códigos antiguos son sometidos a crítica, incluso por parte de sus beneficiarios.

—Según usted, es una élite, la aristocracia de corte, la auténtica promotora de ese proceso de civilización de que hablamos. ¿Podemos deducir de todo ello que en una sociedad de masas, en una sociedad igualitaria, se agotaría la fuente del movimiento civilizador?

N. E.—En absoluto. Ello equivaldría a desconocer el juego de las relaciones de los grupos dentro de la sociedad. No creo que una clase sea promotora de los cambios y las demás sigan pasivamente. Lo único que digo es que la aristocracia de corte ha sido durante varios siglos uno de los talleres donde se han fraguado modelos de comportamiento. Estos correspondían a cambios profundos en las estructuras de la sociedad. Es lo que explica su difusión por todas las clases sociales de Europa.

«Hoy nuestras sociedades están comprometidas en un proceso de democratización que no me parece en absoluto que vaya a frenar el movimiento civilizador. Creo, antes bien, que la democratización va en el mismo sentido que la civilización, como ocurrió ayer con la aristocracia de corte.

—¿Cómo es eso?

N. E.—La democratización representa una determinada distribución, más igualitaria, del poder dentro de la sociedad. No existe, pues, un modelo único, como ocurrió en el pasado con el de la corte. Y los códigos de usos necesarios tienden a establecerse automáticamente, por tanteos, sin ser impuestos desde el exterior. Tal es el caso, por ejemplo, del comportamiento de los automovilistas, en el que se manifiesta un mayor autocontrol, que tiende a la moderación y autoriza el alligamiento de los tabúes y las restricciones impuestas desde fuera. Todo eso forma parte del proceso de civilización.

—¿Cómo empezó usted a interrogarse sobre comportamientos y costumbres a las que nadie antes había prestado atención: escupir en la mesa, limpiarse los mocos con el mantel, etcétera?

N. E.—Hace cuarenta años inicié unas investigaciones entre el liberalismo en Francia en el siglo diecinueve. Veo usted a dónde me llevó todo ello. Al remontarme en el pasado, encontré actitudes y palabras tales como «cortesía», «civilidad» y, más tarde, «civilización», que me hicieron reflexionar sobre el proceso de civilización.

—Pero, ¿cómo es que usted, ciudadano británico de origen alemán, se ocupó de hechos pertenecientes al marco francés?

N. E.—Es una pequeña historia de amor no correspondido. En el año mil novecientos treinta y tres, a la llegada de Hitler al poder, me refugié en Francia. Sin embargo, el sistema universitario francés no supo hacerme un sitio. En Gran Bretaña tuve más suerte, y en las bibliotecas británicas descubrí auténticos tesoros relacionados con el Medioevo francés. Pero mis investigaciones no se consideraron en un principio dignas de la ciencia. Y «Sobre el proceso de civilización», escrito en mil novecientos treinta y nueve, no fue publicado en Alemania hasta mil novecientos sesenta y nueve, después de diversas vicisitudes debidas a las persecuciones contra los judíos y a la guerra. Es un libro que por poco no ve la luz pública... Hoy soy ya europeo... Tengo discípulos en los Países Bajos, en Alemania, en Gran Bretaña...

—Una última pregunta relativa a la libertad. La civilización consistiría en el control progresivo de los impulsos, en un conjunto de restricciones de lo que los hombres consideraban como «libertades», la de matar, violar, saquear, etcétera. ¿Cómo saber qué libertades podemos reivindicar legítimamente sin poner en peligro a la misma civilización?

N. E.—Llegando a un más profundo conocimiento del proceso de civilización. Hasta hoy, estas restricciones que hacen de nosotros seres civilizados se han impuesto a ciegas. Han sido dictadas por los intereses de poder de los grupos sociales dominantes: la aristocracia de corte, primero, y luego la burguesía, heredera de esa aristocracia. El resultado ha sido con frecuencia negativo. Por ejemplo, si las restricciones sexuales tienen como consecuencia un cincuenta por ciento de casos de frigidez entre las mujeres y un porcentaje equivalente de casos de impotencia entre los varones, es que pecan de exageradas e inadaptadas. Las restricciones como tales no son negativas. El hombre en sociedad no puede prescindir de ellas. Lo que sí es posible criticar es el modo en que se nos imponen, así como su intensidad y forma. Tenemos que descubrir sus funciones. Así podremos dominarlas mejor. El progreso en este terreno sólo podremos lograrlo con el conocimiento. Sólo entonces podremos detener esa hemorragia de placer humano, que a veces me causa auténtica amargura...

■ Declaraciones recogidas por STANISLAS FONTAINE.

